

CAPITULO VII.

Literatura Eclesiástica.

Origen de
la literatu-
ra eclesiás-
tica.

EN la decadencia de la literatura antigua debemos á la Religion Christiana un nuevo ramo no conocido hasta entonces de Griegos ni Latinos; pero que despues adquirió entre ellos mucho credito. La religion gentílica no habia llegado á formar una ciencia que ocupáse el estudio y las especulaciones de los literatos; porque los filósofos contemplaban la naturaleza de los dioses, del mismo modo que nuestros metafísicos hacen sus racionios acerca de Dios y de los espíritus, en la pneumatologia y en la teologia natural. Los hechos de los dioses y la historia de sus proezas se abandonaban á los poetas, de quienes se tomo la mitologia, que ha servido de no pequeño subsidio á nuestros poetas, y que ha descubierto tan glorioso campo á las eruditas investigaciones de los antiquarios. Pero no conocieron los antiguos una teologia,

gia, una ciencia de la religion, ni un estudio de sus dogmas y mysterios. Aun la Religion Christiana se introduxo y esparció al principio por medio de la predicacion y de los milagros; pero poco despues empezó á ser objeto de quëstiones y disputas, y de aqui pasó á ocupar la atencion y el estudio de los doctos, y á formar de este modo una parte de la literatura.

Las persecuciones que los Emperadores gentiles movian contra los Christianos, y las calumnias que los filósofos y los incrédulos levantaban á su vida y doctrina, obligaron á los eruditos doctores del Christianismo á responder á las infundadas acusaciones, y á formar la apología de su Religion. Y asi vemos que desde el principio del siglo II, Quadrato y Arístides presentaron al Emperador Adriano apologias del Christianismo; y no mucho despues Justino martir, Atenágoras y Tertuliano ofrecieron á los Emperadores, al Senado romano y á todo el mundo las mas vigorosas defensas, y las apologias mas eloqüentes de la doctrina christiana. Minucio Felice com-

Apologías.

puso su elegante *Octavio*; Origenes escribió doctos libros contra el filósofo Celso; y otros muchos antiguos Padres de la Iglesia tomaron la pluma en defensa de la Religión, y emplearon piadosamente en causa tan justa su copiosa erudición y sólido juicio. Las Heregias. heregías, las falsas doctrinas y los errores de los mismos Christianos dieron nueva materia de estudio á los verdaderos fieles y Christianos zelosos de la pureza de los dogmas, y de la integridad é inocencia de la Religión. Desde el principio de la Iglesia se levantaron ya doctores temerarios, que osaron locamente mezclar la verdad de la fe enseñada por el divino Maestro, con las novedades de su imaginación. Simon Maggo, Cerinto, Basilides, Valentino, Cerdon, Marcion y otros abominables monstruos esparcieron el contagio de su perniciosa doctrina, y formaron sectas infames. que no causaron menor aflicción á la verdadera Iglesia que las persecuciones de los gentiles. Para sufocar en su cuna estas heregias, y confundir desde el principio sus dogmas, se dedicaron á toda suerte de estudios los

los religiosos Obispos y doctores zelosos. El primero de quien nos han quedado escritos es San Ireneo, que despues de la mitad del siglo II expuso los dogmas de todas las heregias que habian nacido hasta entonces; y manifestando los errores de ellas, y satisfaciendo á sus objeciones, defendió valerosamente la verdad catolica de los asaltos de los hereges. Sin embargo sabemos que algun tiempo antes escribió Justino un libro contra las heregias; que al tiempo mismo que Ireneo compuso otro Teofilo Alexandrino contra Marcion y Ermógenes; que Milciades combatió fuertemente á Montano; que algo despues Tertuliano en varios libros doctisimos se dedicó á echar por tierra las doctrinas falsas de muchos hereges; y que otros escritores igualmente ilustres de aquellos tiempos, emplearon con mucho empeño su estudio y erudición en conservar puros y limpios los sagrados dogmas de la Religión Católica. A este fin, así como los malvados profesores de la heregia traían violentamente los textos de los libros sagrados en apoyo de

Escritura
sagrada.

de sus falsedades, tambien los Santos Padres comentando su verdadero sentido los empleaban en defensa y prueba de la fe católica; y así Teofilo de Antioquia, Panteo, Clemente Alexandrino y otros muchos se dedicaron á comentar algunos libros de la Escritura. Pero en este glorioso é importante trabajo adquirió gran fama sobre todos los demas el célebre Origenes, dándonos comentarios y exposiciones completas de los libros Sagrados, aplicandose con mucha critica á descubrir la genuina y legitima lectura del divino Texto, corrigiendo las muchas versiones que se habian hecho, y siendo el primero que dió el exemplo de una poliglota á los comentadores de la Biblia y á toda la Iglesia. La propagacion del Evangelio, las vicisitudes de la Iglesia y los hechos de los heroes del christianismo merecian muy bien, que se conservasen perpetuamente en la memoria de los fieles. Egesipo fue el primero que escribió la historia eclesiástica, y compuso cinco libros de comentarios de las Actas de la Iglesia, de que solo nos han quedado al-

Historia
eclesiástica.

gu-

gunos fragmentos. Las cuestiones tan controvertidas sobre la pasqua y el Bautismo, y otras disputas suscitadas entonces acerca de la disciplina eclesiástica, estimulaban la aplicacion y el estudio de los autores christianos, y daban materia para escribir con erudicion y sutileza. Y he aqui como empezó á florecer y á propagarse mas y mas la literatura eclesiástica, hasta llegar á merecer dignamente por muchos siglos la atencion de las personas de mayor ingenio.

Las Iglesias tenian escuelas privadas para enseñar á los Eclesiásticos, é instruirles en las ciencias divinas y humanas; y habia tambien algunas escuelas publicas destinadas á formar fuertes atletas, que vigorosamente defendiesen la Religion christiana y la fé ortodoxa de las cavilaciones de los Hereges, Judíos y Gentiles. Entre todas las escuelas christianas sin duda ha sido la mas célebre la Alexandrina, pudiendo gloriarse de una remotisima antigüedad, por haber empezado, segun la opinion de algunos, en tiempo del Evangelista San Marcos, y siendo honrada con

Escuelas y
bibliotecas
de las Igle-
sias.

Tom. I.

X

los

los nombres de Atenágoras, Panténo, Clemente Alexandrino, Amonio, Orígenes, Eracla, los Dionysios y otros muchos ilustres doctores. Teodoreto habla (a) de una escuela fundada en Edesa por un piadoso Eclesiástico llamado Protógenes, tan celebrada despues, que obtuvo el título de *Academia de la Persia*. Para contribuir á la instruccion de las escuelas, y suministrar todo auxilio al clero estudioso, tenian las Iglesias sus bibliotecas, que procuraban enriquecer con los libros mas oportunos. San Geronymo dice (b) de Pánfilo martyr, que queria competir con Demétrio Falereo y Pisistrato en el esmero de buscar toda suerte de buenos libros, para enriquecer por este medio la biblioteca sagrada. La Iglesia de Jerusalén conservaba una copiosa librería fundada por el Obispo Alexandro; y Eusebio confiesa haber sacado de los escritos de ella gran parte de sus noticias históricas. Tambien

(a) *Hist. Lib. IV. cap. XVI.* (b) *Ep. ad Marcellam*
tom. III.

sabemos que en Africa la Iglesia de Ipóna mantenía una biblioteca, puesto que San Agustín, estando próximo á morir, continuamente encargaba, como lo dice Posidio en su vida, que fúviesen mucho cuidado en conservar á los venideros la biblioteca y todos los códices de la Iglesia. De este empeño de las Iglesias en formar Clérigos eruditos, dimanaba la cultura de los primeros padres, y de allí nacia el que se encontrasen entre los Christianos los hombres mas doctos en toda especie de literatura.

Pero estos principios de la literatura eclesiástica que hemos visto hasta ahora, no pueden considerarse mas que como sus primeros crepúsculos, y como la aurora del claro dia de las ciencias sagradas: su mayor claridad solamente apareció en el siglo IV; no porque dexen de contarse hombres grandes, y autores eruditísimos en el II y III siglo, de los cuales hemos nombrado hasta aqui muchos, que merecen la mayor veneracion de los literatos; sino porque en el IV hubo mayor número

siglo de
Oro de la li-
teratura
eclesiásti-
ca.

ro, y dieron mas esplendor á la literatura eclesiástica, juntando á la extension de la doctrina sagrada y profana, las gracias de un estílo muy culto y pulido. Por esto el siglo IV puede llamarse con razon el siglo de Oro de la Iglesia; y la época de Constantino y de Teodosio el siglo de Augusto para las ciencias sagradas. Arnobio y Lactancio, nombres inmortales para la Religion, dieron feliz principio á aquel siglo, y con sus elegantes escritos llenos de doctrina y eloqüencia, hicieron triunfar la Religion y las letras. Eusebio Cesariense bastaba por sí solo para dar gloria á muchas edades: la preparacion y demonstracion evangélica, el libro contra Hierocles y otras obras semejantes le adquirieron un lugar muy distinguido, no menos entre los eruditos, que entre los apologistas del christianismo: la obra de los lugares hebráicos, la exposicion de los Cánticos, los comentarios de los Salmos y de Isaías, los Cánones de los sagrados Evangelios y algunos escritos sobre estas materias le colocan en el número de los

los intérpretes de la Escritura, ¿y quién en vista de sus diez libros de la Historia, del Cronicón, de la vida de Constantino y del libro de los martyres de Palestina se atreverá á negarle el honor de ser llamado el padre de la historia eclesiástica? En suma él estuvo perfectamente instruido en todos los ramos de la literatura sagrada, y su nombre ocupará siempre el primer lugar entre todos los escritores eclesiásticos. Al mismo tiempo florecia Atanasio, aquel infatigable é invicto atleta de la Religion, para cuya gloria inmortal no contribuyeron menos sus doctos escritos, que sus heroycos hechos y acciones sobre naturales, executadas en defensa de la Fé católica. Despues de éste vino Hilario, llamado por San Geronymo Rodano de christiana eloqüencia. Victorino, Optato Milevitano, Epifanio y otros infinitos doctores de igual fama ocuparon la mitad de aquel siglo, que gloriosamente coronaron Basilio, los dos Gregorios, Niceno y Nacienceno, Ambrosio, Geronymo, Agustino y Crysóstomo, cuyos

nombres llevan consigo un elogio muy superior á quanto podemos decir.

Concilios. Parecía que todos los acaecimientos, unidos con una feliz combinacion, concurrían á hacer mas luminoso este alegre siglo de la Iglesia; porque las mismas heregías que infestaron la Religión, contribuyeron no poco á la erudicion y cultura, y á su mayor lustre en la historia eclesiástica y literaria. De aqui nacieron tantos y tan célebres Concilios, quales no se han congregado en ningun otro tiempo. No se encuentran en los fastos históricos de nacion alguna del mundo, noticia de congreso mas noble que el de Nicea, donde se hayan juntado personas tan respetables por la santidad y sabiduria. El pequeño Concilio Iliberitano, celebrado al principio de aquel siglo en un ángulo de España, compuesto solamente de diez y nueve Obispos y veinte y seis Presbyteros, ha obtenido mayor nombre en la historia, y ha merecido mayor estudio de los teólogos, que muchas numerosas juntas de otros siglos, donde concurrieron centenares de Obis-

Obispos, y gran multitud de otras personas respetables. Los Concilios Cartagineses y los Arelatenses, el Ancirano, el Antioqueno y otros muchos, que se celebraron entonces, presentan las mas claras decisiones, é instituciones mas doctas para la Religión y régimen de la Iglesia, y son el objeto de los estudios de nuestros mas sabios doctores. En aquel mismo siglo empezó el estudio del derecho canónico, que constituye una parte no pequeña de la literatura sagrada. Al principio no conocian los fieles otras leyes que la interna de la caridad, que infundia el Espiritu Santo en sus corazones. Los Apóstoles y los Padres Apostólicos gobernaban las Iglesias conforme á la doctrina recibida del Divino Maestro, y dirigian sin otros cánones ni estatutos á los fieles, que estaban á su cargo; los sucesores instruidos con su exemplo y máximas, seguian el mismo plan; y toda la Ley eclesiástica se contenia en la tradicion de los consejos y preceptos, que daban los primeros maestros de la Religión, segun y quando lo requerian las circuns-

Derecho
Canónico.

cunstances. Era harto difícil que creciendo el número de las Iglesias, y multiplicandose considerablemente los Christianos pudiese bastar para su gobierno un método de esta calidad. En efecto nacian amenudo disputas que no podían decidirse fácilmente, y entonces, juntandose varios Obispos, la prudencia de muchos establecía aquellas constituciones, para las cuales no hubiera bastado el estudio y meditación de uno solo. Estos Sínodos de preladados, que en los tres primeros siglos no podían juntarse sino rara vez por temor á los Gentiles, fueron mas frecuentes en el siglo IV, quando la luz evangélica penetró hasta el trono imperial, é hizo que la Religion christiana pasase de esclava á soberana. Entonces se pensó en formar un cuerpo de leyes eclesiásticas, y tomando los estatutos de varios Concilios, se compuso un código de cánones de la Iglesia universal; código que sirvió por mucho tiempo para gobernar todas las Iglesias; y aunque despues fue aumentado y enriquecido con muchas adiciones, no dexó de ser

ser el origen de todo el Derecho canónico. ¿Y por qué no podremos añadir á tantos meritos del siglo IV, el de haber reducido á las Musas á hacerse christianas, y obligado á la poesía á aprender el lenguaje de la verdadera Religion? El español Juvenco fue el primero que pisó este incógnito campo, y pudo alabarse con mas motivo que el romano filósofo Lucrecio de haber abierto en el Parnaso un camino hasta entonces desconocido, de haber bebido de fuentes que ninguno habia probado, y de haber cogido flores del todo nuevas con que texerse una insigne corona para su cabeza, qual nunca habian formado las Musas para ceñir la frente de otro alguno. Prudencio, siguiendo las pisadas de su paysano, supo elevar mas el canto de la poesía eclesiástica, é hizo que ésta no tuviese porque avergonzarse de estar al lado de la profana. Y por consiguiente no hay ramo alguno de literatura sagrada, que no deba su origen, ó á lo menos su mayor lustre, á las luces del siglo IV. Antes bien, como todas las ciencias están

Poesía Sa-
grada.

unidas entre sí con estrechos y vínculos de parentesco, y es muy difícil que florezcan las unas quedando incultas las otras, en un tiempo tan alegre para los estudios eclesiásticos, debían del mismo modo tomar nuevo vigor los profanos. Y en efecto despues de los felices tiempos de los Griegos y Romanos, ¿quándo se han visto en tanto auge? Desde que fueron sepultadas con Ciceron las gracias de la facundia romana, ¿quién ha escrito con tanta elegancia y con tan fino gusto de latinidad como el Christiano Tulio, Lañancio Firmiano? Con el siglo de Augusto se extinguió la poesía romana; pero en el siglo IV vino Claudiano, y se acercó al gusto del buen tiempo mas que todos los poetas que le habian precedido, Diofante, la célebre Ipacia, Pappo, Theon y algunos otros geómetras de aquella edad fueron los ultimos frutos del cadúco arbol de las antiguas matemáticas. Donato, Servio, Macrobio, Avieno, Ausonio, Sidonio, Marciano Capela, Temistio, Libanio, Eunapio y muchos escritores de historia,

poe-

poesía, gramática y erudicion hicieron mas célebre aquel siglo tan feliz para la Religion y la literatura. Pero acabaremos de hablar de este siglo, trayendo las palabras de Muratori acerca del gran Teodosio (a). „Razon será (dice) que se recuerde al „lector un merito, que suele acompañar al „reynado de aquellos Soberanos, á quienes se dá el título de *Grandes*; esto es, „que en su tiempo florecieron maravillosamente las letras y los literatos, no menos entre los Christianos, que entre los „Paganos.“

Pero el siglo de Teodosio tuvo que sufrir la misma suerte que todas las otras épocas dichosas que le habian precedido, y no pudo conservarse por mucho tiempo en aquel grado de dignidad, á que lo habia elevado una feliz combinacion. Al concluirse el siglo se empezó á debilitar la literatura sagrada, y aunque despues de extinguidas las gloriosas lumbreras de los Crysóstomos y de los Agustinos, se vieron

Principio
de la deca-
dencia de la
literatura
eclesiástica.

Y 2

ron

(a) *Ann. d' Ital. ann. 395.*